

Repensar la crisis. Una estrategia para investigar la crisis política argentina de 2001^{1*}

Micaela F. Moreira^{2}**

Resumen

El artículo presenta un estado de la cuestión de las investigaciones referidas a la crisis política argentina ocurrida entre 2001 y 2003, y propone una revisión teórica del concepto *crisis* con el fin de formular nuevas preguntas sobre el estudio de los procesos sociopolíticos del período.

Palabras clave: crisis, política, Argentina.

Abstract

The article presents a brief state of the art on the research of the Argentine political crisis between 2001 and 2003, and offers a theoretical review of the *crisis* concept, in order to shape new questions on the study about the sociopolitical processes of the period.

Key words: crisis, politics, Argentina.

Resumo

O artigo apresenta um breve estado da arte sobre as investigações referentes à crise política argentina ocorrida entre 2001 e 2003 e propõe uma revisão teórica do conceito de *crise* para formular novas questões sobre o estudo dos processos sociopolíticos do período.

^{1*} Recibido: 14/3/19. Aceptado: 30/6/19.

^{2**} Micaela F. Moreira es Doctoranda del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Fue becaria CONICET-UNDAV entre 2014 y 2019. Su directora fue Cecilia Schneider y el lugar de trabajo el Departamento de Ciencias Sociales. Correo electrónico: micaelaf.moreira@gmail.com.

Palabras clave:crise, política, Argentina.

Introducción

Al finalizar el 2001, Argentina se vió sumergida en una profunda crisis política y económica. El proceso crítico estuvo caracterizado tanto por la incertidumbre que generaron la salida de la convertibilidad, la declaración del *default* económico y las corridas bancarias, como por altos índices de pobreza y desocupación, y por la masividad y regularidad de protestas en la vía pública que reclamaban un recambio de toda la clase política y soluciones al malestar generalizado.

Casi dos décadas después de dicho proceso es posible comenzar a realizar balances de los análisis y el conocimiento producido desde diferentes ámbitos de la literatura. Gran parte de las investigaciones dedicadas a la crisis señalan que entre 2001 y 2003 actores nuevos como las organizaciones de desocupados, fábricas recuperadas, organismos de derechos humanos³, cooperativas de trabajo, centros culturales y asambleas barriales, conformaron un amplio espectro de experiencias políticas que intervinieron el espacio público. En su desarrollo, estos actores inauguraron un ciclo de protesta social (Tarrow: 1997) que abrió el escenario político, puso en juego nuevas prácticas y activó diferentes formas de solidaridad “desde abajo”. Se trató de una nueva militancia nutrida de jóvenes de clases medias que se desplazaron del centro a los barrios periféricos para tejer lazos con los sectores populares excluidos; que implementaron prácticas políticas nucleadas en los territorios, reivindicaban la deliberación asamblearia y exigían una nueva articulación entre ética y política (Zibechi: 2003 y 2006; Vommaro: 2012, Svampa: 2002, 2011a, Pérez: 2011; Di Marco y Palomino: 2004, Dinerstein: 2006; de Ípola: 2004).

La horizontalidad, la asamblea, la territorialidad, la acción directa y la demanda de una renovación ética, fueron identificadas por los analistas como marcas de *nuevas formas de participación política* de los sectores y movimientos sociales que protagonizaron la crisis; y al mismo tiempo sugirieron que el período crítico fue un

³ En este caso se refiere a organizaciones más "jóvenes" surgidas durante los noventa como la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (1991), HIJOS (1995), la Comisión de Familiares de Víctimas de la Violencia Institucional (1992). Véanse los trabajos de Pereyra 2005 y 2001

momento de inflexión en que la percepción de la política como actividad y el sentido de lo político vigentes fueron contestados y redefinidos. Sin embargo, los años inmediatos a la crisis no han sido trabajados en profundidad. En la mayoría de las investigaciones se da un hiato entre diciembre de 2001 -que presenta un fin de ciclo- para luego pasar a las décadas que se inauguran en 2003 (Fidanza: 2016; Svampa: 2011).

El estudio de las crisis presenta varias dificultades. Tal vez una de las deudas más evidentes dentro de las discusiones sobre el caso que aquí nos ocupa sea establecer un acuerdo sobre su extensión temporal. Aunque hay cierto consenso en marcar (analíticamente) su fin en 2003, hay menos coincidencias en relación al momento de su inicio. Al respecto, Vommaro (2011) propone pensar las jornadas del 19 y 20 de diciembre como la condensación de tres temporalidades diferentes que integran procesos políticos de largo, y corto plazo. La primera comienza con la transición democrática y enmarca un proceso de hegemonización de la racionalidad liberal en que lo político fue subordinado a lo económico y acentuó la dimensión representativa de la democracia en detrimento de la participación y la deliberación públicas. En esta temporalidad de largo alcance, las manifestaciones de 2001 fueron por un lado, el punto de inflexión que rompió con aquella inercia político económica y por otro el momento de restitución de la centralidad de la movilización -como modo de demostración de demandas y malestares-; y de la participación política como actividad moralmente aceptable de intervención en los asuntos públicos. En este caso las jornadas de diciembre reabren un espacio inorgánico de (re)organización entre la política y lo político que cuestionó las orientaciones propuestas por la política institucional. Por su parte, la temporalidad corta, comienza en octubre de 2001 y combina la acumulación de movilizaciones que consolidaron el rechazo a las políticas económicas del gobierno y a la clase política en general con la reivindicación de la movilización por parte de los sectores populares como un modo de existencia y de reconocimiento político. Finalmente la tercera refiere al acontecimiento en sí mismo de las movilizaciones de diciembre como una doble inflexión contradictoria: la expresión de unidad contra la política y al mismo tiempo el quiebre de la inercia anti-política.

Esta temporalidad múltiple tiene dos grandes aciertos: nos aleja de juzgar el acontecimiento de diciembre como "puro reflejo de una crisis anterior" o como "pura espontaneidad", y al mismo tiempo resalta los alcances del equilibrio institucional y

político que se logra a mediados de 2003. En sintonía con lo anterior apuntaré que la celebración de elecciones presidenciales en mayo de ese año es un punto de referencia para marcar la recomposición de la estabilidad, aun cuando el dignatario elegido logró el cargo con un bajo porcentaje de votos positivos y sin pasar por la instancia de *balotaje*, cancelada a raíz de la renuncia de su contrincante. A pesar de la frágil legitimidad del nuevo gobierno, la celebración del proceso electoral puso fin a la espiral de mandatos interinos que comenzó con la renuncia de Fernando De la Rúa en diciembre de 2001 y ofreció al menos una salida institucional a una sociedad tensionada y políticamente activa.

Otra dificultad intrínseca en el estudio de las crisis es la multiplicidad de elementos que ponen en juego. Esto ha provocado un uso ambiguo del concepto y su consecuente abandono por parte de las ciencias sociales, para las que la *idea de crisis* se transformó en una categoría auto-explicativa que da cuenta de cualquier forma de cambio socio-histórico o que sirve para señalar la naturaleza crónica de los problemas sociales (Cordero: 2018). En el caso de la crisis de 2001 dicho vaciamiento teórico se manifiesta en el desacuerdo sobre lo que constituyen sus causas u objetos de estudio y en la dificultad de elegir variables de trabajo para abordar el período o incluso recortarlo como fenómeno social. Sin embargo y a pesar de su ambivalencia actual, argumentaré que el concepto *crisis* guarda potencialidad analítica y puede ser recuperado como categoría explicativa.

Una revisión preliminar de la bibliografía dedicada al caso argentino permite advertir la convivencia de dos grandes perspectivas para su interpretación, una de tipo económica y otra sociopolítica, que a su vez enmarcan múltiples interpretaciones sobre las causas y consecuencias de la crisis. En este artículo argumentaré que aquellas agrupadas en la primera han desconocido casi por completo los procesos políticos que intervinieron en la crisis, y que los trabajos que hicieron de los aspectos sociales y políticos su principal preocupación, tendieron a opacar las reconfiguraciones sociales sobre la política y lo político que ocurrieron *durante* la crisis. En las secciones que siguen desarrollaré una revisión crítica que permita identificar alcances y limitaciones en la producción de conocimiento sobre esta cuestión. Interesan más puntualmente las investigaciones del campo sociopolítico que proponen una mirada más integral del proceso (aún cuando tienden a relegar las variables económicas a un segundo plano) y

porque han incluido de forma tácita o explícita la tensión entre la política y lo político. Con ello en mente propongo primero una breve conceptualización de la diferencia y relación entre *la política*, *lo político* y *lo social*; y en segundo lugar una revisión teórica de la idea de crisis. Con estas herramientas conceptuales revisaré luego los aportes ya existentes sobre el período crítico. Finalmente presentaré algunas reflexiones finales sobre una posible propuesta metodológica.

1. La política, lo político y lo social

La distinción entre la política y lo político puede rastrearse en los clásicos pero cobra forma durante el siglo XX en los escritos de Carl Schmitt y Hannah Arendt (Retamozo: 2009). Autores como Mouffe (2007) y Marchant (2009) que han encarado una reconstrucción de los debates en torno de esta distinción señalan la falta de acuerdos sólidos entre los teóricos políticos sobre los significados atribuidos a cada uno. Mouffe (2007) reserva la idea de *la política* al ámbito de lo empírico (lo óntico) que engloba “la multitud de prácticas de la política convencional” (Mouffe: 2007: 16) y argumenta en favor de una definición específica de *lo político* que ubica en el nivel de lo ontológico, es decir, el modo en que se instituye la sociedad. Al mismo tiempo advierte que existen dos grandes perspectivas sobre lo que constituye *lo político*.⁴ Una abrevia de la concepción propuesta por Hannah Arendt que resalta la naturaleza asociativa de la actividad política, y otra de los postulados de Carl Schmitt en que prevalece una concepción disociativa. Para la perspectiva asociativa *lo político* constituye un espacio de libertad y deliberación pública mientras que en la visión schmittiana se trata de una dimensión de disputa por el poder, de la presencia de conflicto y antagonismo. En ambas perspectivas la acción política es colectiva e instituyente de la comunidad, es decir, previa y autonomizada de *lo social*. Aquello que las diferencia de manera fundamental es la forma en que suponen que la colectividad actúa para instituir una sociedad: “mientras la primera considera que la comunidad se forma a partir de la asociación libre de los individuos dentro del espacio público, la segunda supone que lo hace frente a un antagonismo externo que se erige como exterior constitutivo” (Natalucci y Pagliarone: 2013: 87).

⁴ La misma distinción aparece en Marchant 2009.

Mouffe y Laclau (2004) (enmarcados dentro de la perspectiva disociativa) reformulan el sentido propuesto por Carl Schmitt sobre la confrontación que caracteriza al momento político. Para ellos no se trata de un antagonismo puramente excluyente que obtura la coexistencia de pluralidades (la noción de amigo/enemigo). En su propuesta los antagonismos definen las identidades y posiciones respecto de los temas y normas que en definitiva luego instituyen las sociedades; y la política es el “conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político” (Mouffe: 2007: 16). Es decir, el conflicto es ineludible y constitutivo de lo social (ocurre tanto en el plano de *lo político*), se expresa y resuelve en las formas de *la política*. A su vez, la institución de *lo social* implica una clausura hegemónica, la sedimentación de sentidos que opacan las contradicciones de/en lo político. Dicho de otro modo, lo instituido en *lo político* contribuye a la rutinización y fijación de sentidos, que se erigen hegemónicos sobre el terreno de las contradicciones previas. Aunque dominadas, las posiciones alternativas y las tensiones no desaparecen, se mantienen latentes y actualizan en nuevos momentos de *lo político*. Sobre esta cuestión Laclau precisa que “el momento de la reactivación conforma lo político. En este último, el antagonismo cobra un papel significativo en tanto la naturaleza indecible de las alternativas y su resolución a través de las relaciones de poder devienen totalmente visibles” (Laclau citado en Natalucci y Pagliarone: 2013: 91).

Natalucci y Pagliarone (2013) advierten que tanto la perspectiva asociativa como la disociativa se apoyan en la idea de que lo político es previo y autónomo de lo social. Esta distinción analítica ha llevado a pensar en el plano teórico a ambas instancias como separadas e irreconciliables, y a la sociedad y el Estado como esferas diferenciadas que no admiten articulación consensual entre los agentes que las componen. De allí que las estrategias de articulación entre los movimientos sociales y el gobierno nacional post-crisis hayan sido interpretadas como formas de cooptación por buena parte de los análisis sociopolíticos del período o que los propios movimientos sociales interpretaran su incorporación a las contiendas electorales y a la función pública como un “salto” a la política (Natalucci: 2012; Quirós: 2011a yb).

A partir de esta revisión crítica las autoras proponen una suerte de síntesis superadora de lo político en la que se combinan las nociones de antagonismo y

articulación, e incluye los enfrentamientos y los posibles consensos que surgen del "momento político". Se trata de superar la dicotomía <<cooptación vs. autonomía>> con que buena de parte de las investigaciones analizaron el devenir de los movimientos sociales después de la crisis, y más específicamente en relación con los sucesivos gobiernos kirchneristas⁵; pero resulta interesante también para volver a pensar el momento inmediatamente anterior (2001-2003) en que los antagonismos se muestran de manera más desordenada, en pleno proceso de discusión. La definición disociativa de lo político (Mouffe y Laclau: 2004) nos permite definir la crisis de 2001 como momento instituyente abierto por distintos actores individuales y colectivos mediante la actualización de prácticas de la política y el pronunciamiento contra la legitimidad de las políticas nacionales, la estructura económica, las instituciones políticas, en definitiva, el orden social. Aquí es donde un análisis de la categoría de crisis puede arrojar nuevas líneas de indagación, puesto que la adversidad y la incertidumbre pueden promover acuerdos que de otra manera nunca habrían sido contemplados. En otras palabras introduce la idea de que en medio del caos también se dan movimientos de reorganización, articulación de acciones y estrategias para el logro de objetivos -más o menos- concretos.

Siguiendo lo anterior la reorganización de los fundamentos sociales de una sociedad es lo que constituye un momento político. Esto difícilmente pueda ocurrir sin generar tensiones o crisis institucionales, sociales, políticas. Como veremos en el tercer apartado, la mayoría de las lecturas sociopolíticas sobre el período crítico 2001-2003 entendieron la crisis como un momento instituyente (*político*) pero, como indican Natalucci y Pagliarone, autonomizado de lo social; esto hizo que despojaran a algunas demandas materiales de toda politicidad.

2. Problematizar la crisis

Para recomponer la capacidad analítica de la *idea de crisis*, Cordero (2018) sugiere recuperar el sentido que adquieren en la teoría económica y política de Marx; esto es, no como el sitio ni el momento en que todo se resuelve, sino como *la expresión de las contradicciones sociales inmanentes de la vida social*. Y, dado que sus causas y

⁵ Estos últimos se expresarían en la instauración de instituciones que articulan el quehacer de los movimientos sociales y el Estado.

expresiones varían históricamente, resaltar que *no se trata de un concepto fijo* sino “una forma contradictoria a través de la cual las sociedades modernas visibilizan (aunque también ocultan) y problematizan (aunque también normalizan) sus conflictos y problemas estructurales” (Cordero: 2018: 95). De esta manera, una crisis puede ser entendida como un campo de prácticas y discursos heterogéneos donde se libran luchas políticas y sociales por la producción de discursos y silencios, espacios de acción y prohibiciones, y la propagación de creencias y falsedades (Cordero: 2018). Sin embargo, dado que las luchas por significados y sentidos ocurren de manera permanente en las sociedades, es necesario preguntarse qué las distingue de los momentos no-críticos.

Para Habermas “sólo los sujetos pueden estar involucrados en una crisis. Así, sólo cuando los miembros de una sociedad experimentan alteraciones estructurales como críticas para una existencia continua y sienten su identidad social amenazada, podemos hablar de crisis” (citado en Holton: 1987: 506). Es decir, las crisis existen como tales en las manifestaciones culturales y las percepciones de los sujetos. Esto no significa negar su dimensión material ni establecer una separación tajante entre explicaciones culturales y materiales, sino argumentar que las percepciones de las crisis se manifiestan en términos culturales y que por ello mismo no pueden ser derivadas directamente o causalmente de indicadores objetivos (Holton: 1987).

En una línea similar, Hay (1996) define las crisis como momentos de intervención decisiva en los que las percepciones subjetivas también tienen un lugar determinante. Se trata de procesos con un *sujeto que interviene la crisis* y un *objeto que está en crisis*. Más precisamente argumenta que existen agentes con capacidad de definir las coyunturas como críticas para luego intervenirlas. Las crisis son entonces procesos de (re)definición simbólica, en las que compiten interpretaciones sobre las condiciones objetivas y subjetivas de un objeto. Consecuentemente, este modelo teórico se enfoca en las estrategias discursivas de los grupos dominantes pero no explica del todo cómo es que los agentes logran imponer consenso (entendido en términos gramscianos) en torno a sus definiciones.

En un trabajo reciente Visacovsky (2017) señala los aportes provenientes del campo de la antropología social y cultural. El objetivo de estos trabajos no ha sido normativo ni teleológico sino que se han enfocado en entender cómo los sujetos

perciben, categorizan, dan sentido y actúan en condiciones sociales críticas. Aquí las crisis refieren a discontinuidades temporales; los sujetos perciben un quiebre en una secuencia que modifica lo que hasta entonces era de una determinada manera (Visacovsky: 2017). Cuando estas disrupciones ocurren

el futuro no aparece como el resultado predecible de la continuidad entre pasado y presente y (...) el tiempo es percibido como estancado: algo ha dejado de ser lo que era, pero tampoco se ha convertido aún en lo que debería ser (Visacovsky: 2017:07)⁶

La crisis es un tiempo de incertidumbre para los sujetos -cuyo final o extensión no puede ser determinado- pero no de pasividad; es también el momento en que desarrollan estrategias para atravesarlo e imaginar un futuro posible. El tipo de agencia que interesa entonces es aquella relativa a la configuración de esquemas interpretativos contruidos/disputados por los actores para dar sentido al orden y al desorden social. En este sentido Visacovsky afirma que

a pesar de las diferencias muchos antropólogos acuerdan en que son las creencias, las tradiciones culturales o las grandes narrativas las que intervienen para dar sentido a las situaciones de crisis, hacerlas inteligibles, ponerlas en un orden secuencial. Este orden conecta el evento con otros eventos pasados para explicarlo; pero al mismo tiempo crea condiciones para imaginar posibles futuros. (Visacovsky: 2017: 13)⁷

Es decir, frente a las crisis los actores apelan a esquemas o marcos interpretativos que les permitan entender su situación (material) presente y lograr algún grado de previsibilidad o proyección hacia el futuro. Estos marcos son dinámicos y objeto de luchas políticas y sociales. En esos procesos de lucha y negociación se ponen en relación la agencia y la estructura de los sujetos. Consecuentemente, las estrategias

⁶ Del original en inglés, la traducción es mía

⁷ Del original en inglés, la traducción es mía

narrativas y los marcos histórico-sociales pueden ser considerados como elementos analíticos de los estudios de las crisis.

A modo de síntesis, lo revisado en este apartado permite sugerir tres dimensiones para analizar las crisis. Una primera de tipo temporal disruptivo, es decir son momentos en los que los fundamentos sociales de una comunidad (sus instituciones y esquemas interpretativos) son cuestionados abiertamente por diferentes sectores sociales. La puesta en discusión de estos fundamentos no significa necesariamente la posterior transformación de toda la estructura organizativa de una sociedad (buena parte de la teoría marxista ha entendido que crisis no necesariamente implica revolución); sino que en los contextos críticos se explicita lo socialmente dado y se abren espacios para considerar arreglos alternativos. La segunda dimensión refiere a la presencia de alteraciones estructurales (objetivas y materiales) que amenazan la existencia de los sujetos y que son al mismo tiempo percibidas por ellos como tales. Estas percepciones participan de sus definiciones y estrategias de acción para lidiar con la crisis y resolverla. La tercera dimensión refiere a su carácter transformador, es decir que implican cambios de diferente orden e intensidad.

Repensar la crisis como momentos de exposición de fundamentos sociales incluyendo la percepción de los sujetos (sobre su gravedad, alcance, responsables, etc.), nos permite delinear más claramente sus contornos y temporalidades. A su vez permite diferenciar las acciones e interpretaciones que “protegen” o reivindican los sentidos sociales tensionados de aquellas que se pronuncian como alternativas. Con esto en mente podemos dar mayor precisión y explorar matices dentro de las siguientes preguntas ¿qué fundamentos sociales son explicitados y abiertamente cuestionados durante el período crítico 2001-2003?, ¿en qué medida la situación de incertidumbre material que provocó la crisis influyó las percepciones de la política y lo político de los diferentes sectores afectados?, ¿qué sujetos, procesos, instituciones son percibidas como problemáticas o amenazas?, ¿qué procesos sociales se discontinúan? ¿qué consecuencias tienen las discontinuidades que generó la crisis?, ¿quiénes y cómo definieron la crisis?.

3. Luces y sombras sobre la crisis

Existe una enorme producción de investigaciones y literatura sobre el período crítico 2001-2003. En una revisión reciente, Zícari (2017) identifica dos tipos de perspectivas dominantes: una que recurre a planteos económicos y que busca explicar sus causas sin atender o prestar poca atención a los factores por fuera de ese terreno; y una segunda mirada que apela al estudio de los factores sociopolíticos del período y que a su turno tiende a dar menos espacio a los elementos económicos.

3.1. Las miradas económicas sobre la crisis

A fin de ordenar las perspectivas de tipo económico combinaré los criterios de Zícari (2017) y Wylde (2014). Esto nos permite diferenciar los análisis en tres grandes grupos según los factores explicativos más destacados: política fiscal y endeudamiento; especulación financiera y expectativas de crecimiento; particularidades del modelo de convertibilidad y coyuntura económica internacional.

Los primero análisis explican la crisis como consecuencia de un manejo deficiente o irresponsable de la política fiscal. Para autores como Mussa (2002) y Daseking *et.al.* (2004) la causa principal de la crisis fue la implementación de una política fiscal irresponsable por parte del gobierno argentino. En concreto señalan que durante los noventa, cuando la economía estaba creciendo a un ritmo razonable, no se realizaron los cortes presupuestarios necesarios. Esto se debió en parte a una sobreestimación de la capacidad de la economía pero también por el mal uso de los créditos obtenidos.

Como contraparte se ha señalado que las explicaciones fiscalistas ignoran que el gasto estatal en relación al producto bruto interno se mantuvo constante entre 1995 y 2001 -21.9% y 22.0%, respectivamente- (INDEC, citado en Wylde: 2014: 25) y que las variaciones más significativas en el presupuesto se dieron en el crecimiento exponencial de los intereses de pago de la deuda externa que crecieron -de US\$ 6 billones en 1992 a US\$14.5 billones en 1999 (Wylde: 2014: 25)- por el aumento de las tasas de interés en el mercado internacional y los cambios en los índices de riesgo país (Galiani et. Al:2003 citado en Wylde: 2014). También se ignoran sucesivos recortes implementados en los gobiernos de Carlos Menem⁸ primero y la ALIANZA⁹ después, como las

⁸ Carlos Menem ocupó la presidencia desde 1989 hasta 1999.

privatizaciones, el recorte de aportes patronales y devaluaciones fiscales que deficitaron al Estado, o la poda presupuestaria de 3.000 millones de pesos conocida como “ley de déficit cero” (2001). Tampoco se abordan temas importantes como la debilidad de la estructura productiva, el subdesarrollo y la reprimarización económica (Wylde: 2014 y Zicari: 2017).

En el segundo grupo destacan varios tipos de explicaciones que se apoyan en el rol de las expectativas de diferentes actores y la caída del crecimiento -sobre todo a partir de 1998- para explicar la crisis. Autores como Stiglitz (2002, 2005) sugieren que el crecimiento del déficit fiscal y la consecuente incapacidad para cumplir los pagos de la deuda se explican mejor por el bajo rendimiento económico que por el manejo del gasto público y la política fiscal de los gobiernos previos al default. Para el caso de Argentina destaca que la liberalización del mercado financiero durante los noventa y la instalación de grandes bancos privados, son dos de los principales factores que perjudicaron su crecimiento. Si bien las grandes firmas proveyeron mayor estabilidad al sistema bancario, fueron menos propensas a financiar pequeñas y medianas empresas, ahogando el crecimiento económico (Stiglitz: 2002 citado en Wylde: 2014). Otros trabajos argumentan que el principal factor para impedir la crisis fue la confianza puesta en el sistema de convertibilidad (Carrera: 2002; Galiani et. al: 2003). Se plantea por un lado que las debilidades del sistema no fueron advertidas por los principales actores con competencia para incidir en la agenda pública a tiempo -se apoyan en que el partido gobernante y la oposición no pusieron en duda la continuidad de la paridad cambiaria o la viabilidad del flujo de crédito externo para su sostenimiento- (Zicari: 2017); y por otro, que individuos y empresarios que durante los noventa vieron incrementar su posibilidad de consumo y endeudamiento, no acompañaron la tendencia de crecimiento con un nivel adecuado de ahorro. La percepción de que el crecimiento futuro sería suficiente para pagar la deuda después, validó las decisiones de seguir tomando créditos (Galiani. et. al.: 2003). Esta falta de previsión (o la confianza en la durabilidad del modelo) combinada con la recesión económica (no prevista) agravó las respuestas frente al aumento del peso de la deuda en relación al PBI y provocaron que la incertidumbre se tradujera en pánico por la posibilidad de un default, corridas bancarias, aumento de riesgo país y devaluación.

⁹ La ALIANZA fue la coalición de partidos que gobernó la Argentina entre 1999 y 2001.

Otros analistas apuntan a características específicas del sistema productivo. Los hay quienes sostienen que las leyes laborales inflexibles y la fortaleza de los sindicatos, impidieron mejorar la competitividad productiva de la economía al negociar salarios altos durante el período previo a la crisis (Feldstein: 2002). Este argumento resulta como mínimo débil si consideramos que la legislación laboral del país había sido modificada en tres oportunidades (1994, 1997 y 2000), la evolución del salario real mostró una caída del 15% entre 1991 y 2001, y el aumento de la desocupación impulsó una baja en las condiciones laborales y por consiguiente en los costos totales de contratación (Heidrich: 2001). Algunos análisis apuntan a los débiles efectos logrados por la histórica estrategia de industrialización por sustitución de importaciones (ISI). El bajo o incompleto desarrollo industrial, junto con políticas de subsidios que alentaron la producción intensiva o contaban con protección estatal, atentaron contra el desarrollo de empresas nuevas -que debían afrontar costos de importación altos para abastecerse de tecnologías- y limitaron las capacidades del mercado interno para crear economías de escala y producir empleo.

Explicaciones de este tipo que reducen su argumento a un factor específico o a un paradigma económico para dar cuenta de la crisis, resultan demasiado simplificadas e ignoran datos objetivos que matizan o contradicen sus argumentos. En cuanto a la premisa de que el mercado interno argentino tenía sobre participación estatal es preciso señalar que el porcentaje de empresas públicas en 2001 era similar al de otras economías de la región como Chile y Brasil (Wyle: 2014) que no entraron en cesación de pagos. Por otro lado estudios sobre el desempeño de las empresas argentinas durante el período de la ISI demuestran aumentos en la productividad y desarrollo tecnológico con efectos positivos en la reducción de la brecha industrial entre Argentina y las fronteras tecnológicas globales (Katz and Kosacoff: 1998) impugnando el argumento de que la protección estatal genera ineficiencia productiva.

Finalmente me referiré al tercer grupo de análisis económicos de la crisis que ponen el acento en el régimen de convertibilidad y los cambios en la coyuntura económica internacional. Uno de los argumentos mayormente compartidos apuntan a las restricciones impuestas por el régimen de cambio fijo a los mecanismos de ajuste macroeconómicos para lograr estabilidad. La principal ventaja de la convertibilidad fue la posibilidad de frenar la escalada hiperflacionaria, sin embargo esto se hizo a expensas

de la competitividad internacional de los productos argentinos. El intercambio fijo con el dólar también facilitó el aumento de las importaciones lo que provocó un desbalance de cuenta corriente. Este escenario explica la crisis a partir de la escasez creciente de divisas, agravada luego cuando la economía entró en recesión. Como además la convertibilidad prohibía la emisión de moneda, la única solución fue aumentar la toma de deuda externa; en cuanto los mercados internacionales de crédito comenzaron a cerrarse, esta política fiscal se volvió insostenible (Carrera: 2002; Aroskind: 2007).

Las explicaciones que se enfocan en la coyuntura económica internacional, señalan factores externos de tipo objetivo y subjetivo. Entre los primeros se destaca a las crisis económicas más inmediatas de otros países -Sudeste Asiático (1997), Rusia (1998), Brasil (1999) y Turquía (2001)- como puntos de referencia para enmarcar el caso argentino en ciclos globales financieros. En este esquema, la convertibilidad restó flexibilidad al país para lidiar con las exigencias de la economía global (Heidrich: 2007, Chudnovsky: 2007). Por su parte los factores subjetivos refieren a la reticencia de los prestamistas extranjeros a seguir financiando la convertibilidad argentina una vez que las tasas de interés norteamericanas subieron. Se argumenta que el fortalecimiento del dólar cambió la percepción de los acreedores que dejaron de ver a la Argentina como una inversión atractiva a pesar de las ganancias que hasta entonces había asegurado (Aroskind: 2007). Es decir, el fin del modelo basado en el financiamiento externo no fue una decisión soberana sino la imposibilidad material de continuar con el mismo por un giro en las decisiones financieras de actores ajenos a la política nacional.

3.2. Las miradas sociopolíticas de la crisis

En cuanto a los análisis sociopolíticos de la crisis, Svampa (2011) y Pereyra, Vommaro y Pérez (2011) identificaron cuatro lecturas articuladas al calor de los hechos a partir de la idea fuerza que utilizó cada una para nombrar lo ocurrido, que permiten ordenar analíticamente las producciones dentro de este vasto campo de estudios. En base a dichos trabajos la mayoría de los análisis pueden agruparse a partir de los conceptos de: *crisis*, *argentínazo*, [activación política de los] *sectores medios* e *insurrección*.

La interpretación más inmediata (y que prevaleció como concepto) fue la de *crisis*, pero no en el sentido crítico que desarrollé aquí, sino como momento de ruptura y transición. Apelando a un esquema causal los análisis de este primer grupo pusieron el acento en factores estructurales e institucionales para explicar el estallido social de diciembre de 2001 desde tres claves interpretativas. Una primera puso énfasis en el quiebre hegemónico, es decir en el fin del consenso neoliberal articulado en los noventa con la convertibilidad como límite político y conceptual (Svampa: 2011). Otra lo hizo en la crisis de representación. Este segundo nivel de análisis remitió al vaciamiento de la política ocurrido en la década anterior y a su subordinación a la economía. Desde esta clave, la crisis refería al colapso de la democracia delegativa -consolidada en los noventa- (Vommaro: 2011) a los cacerolazos como protestas anti institucionales que al cuestionar fuertemente el sistema representativo- agravaron las debilidades del sistema político (Pereyra et. al: 2011) y a las asambleas y formas alternativas de participación política como nuevas figuras de la democracia directa y deliberativa que comenzaban a dotar de nuevos sentidos y dimensiones a la política (Svampa: 2011). La tercera clave, definió la crisis de 2001 como el “corolario de la descomposición de la sociedad salarial, del Estado redistributivo y del imaginario de una sociedad integrada funcionalmente” (Pereyra et. al: 2011: 12).

Por otro lado, la lectura que apeló al concepto de *argentino* vió en las movilizaciones de diciembre el resultado de una serie de luchas y aprendizajes acumulados por la clase obrera de todo el país (Zibechi: 2003; Ollier: 2011; Svampa: 2011; Pereyra et. al: 2011). Estos análisis destacaron el componente insurreccional de las manifestaciones, el repertorio de acción colectiva -que incluyó acciones directas como el corte de calles y los cacerolazos- y enmarcaron el nuevo ciclo de protestas en dos procesos históricos: uno de largo plazo que remite a las luchas sociales del sesenta y setenta como el Cordobazo, el Rosariazo, el Viborazo, o el Rodrigazo; y otro que alude a estallidos más cercanos en el tiempo como el Santiaguëño (1993) y la puebladas de Neuquén y Salta a mediados de los noventa en las que el quiebre representativo ya aparecía como un componente del descontento social. Este tipo de lecturas historizó las crisis y rescató los ciclos de movilización de los sectores subalternos.

Respecto de estos análisis, Zícari (2017) advierte cuatro límites importantes: no logran determinar si las rebeliones fueron espontáneas o parte de un programa político;

no definen en qué momento ubicar el inicio del ciclo de protestas; y no explican de manera concluyente por qué la furia popular no se produjo antes del 2001 -cuando las condiciones para ello ya estaban dadas- o por qué no se construyó una alternativa política comandada por los sectores populares luego de diciembre de 2001. A su vez, la mayoría de estas explicaciones toma como actor principal al movimiento piquetero¹⁰, aunque a fines de 2001 este se encontraba en un fuerte proceso de fragmentación y enfrentamiento interno que lo mantuvo ausente de las jornadas de diciembre (Zícarí: 2017).¹¹

La tercera lectura sobre la crisis puso el acento en *quienes* se manifestaban - distinguiendo entre los sectores medios y sectores populares- al tiempo que ensayó explicaciones sobre las motivaciones de los participantes. A grandes rasgos identificaron en los sectores populares una sensibilidad fraguada al calor del deterioro económico y el crecimiento del desempleo frente a otro propio de una clase media fragmentada e individualista, frustrada por la confiscación de sus ahorros (Quirós: 2009). Este enfoque no problematizó las diferencias y tensiones al interior de ambos sectores sino que en su lugar tendió a esperar “toda nobleza en la reacción de los sectores populares, por un lado, y el egoísmo encubierto en los sectores medios por el otro” (Pereyra et. al.: 2011: 13).

Esta parcialidad puede atribuirse a dos errores conceptuales, el de homogeneizar los grupos estudiados y magnificar el rol de los factores económicos como motivadores de los sujetos. Al mismo tiempo lleva a omitir que los motivos de los sectores populares y medios a participar políticamente se construyen en base a una serie de relaciones y procesos más complejos que los que las teorías del clientelismo le suelen otorgar (Quirós: 2011ayb, Schneider y Moreira: 2018); o se comenten errores como desconocer que fue la declaración del estado de sitio y no la imposición de las restricciones bancarias -que habían sido establecidas por decreto varios días antes- el catalizador de los cacerolazos y movilizaciones del 19 y 20 de diciembre (Pereyra et. al.: 2011;

¹⁰ El término "piquetero" alude al método de manifestación utilizado por el movimiento de trabajadores desocupados. Consiste en la interrupción de la circulación en rutas o calles mediante la ocupación del espacio público.

¹¹ Esta última crítica pierde peso puesto que la crisis de 2001 no puede acotarse únicamente a las movilizaciones del 19 y 20. Los meses que siguieron al estallido de diciembre sí estuvieron marcados por acciones de organizaciones de desocupados y aunque podría discutirse su capacidad organizativa posterior al primer gran quiebre que sufre el movimiento en 2001, es imposible desconocer el rol que ocuparon durante todo el período 2001-2003. Asimismo, existen registros de simpatías y articulaciones entre las asambleas vecinales y organizaciones del movimiento de desocupados que esta crítica desconoce (MTD-AV:2003; Svampa: 2006; Galafassi: 2012).

Grimson: 2011; Ollier: 2011; Svampa: 2011; Onuch: 2014). En cuanto a la idea de crisis, estos análisis la circunscriben al descalabro económico o al conjunto de condiciones objetivas en que se enmarcan las acciones. Este uso conceptual conduce las indagaciones a concentrarse en aquello que se produce en la crisis (como síntoma o manifestación de lo que se ha quebrado) e impide incorporar preguntas sobre lo que se genera a través de la crisis.

Finalmente, la lectura que encontró en los eventos de diciembre una forma de *insurrección o acontecimiento* (Svampa: 2011; Pereyra et. al.: 2011; Dinerstein: 2014) rescató la construcción o reconstrucción de formas de hacer y entender la militancia. Estos análisis reconocieron la pluralidad de voces que se gestaron durante el período crítico, el carácter novedoso de las luchas sociales y su radicalidad como “un hecho único e irrepetible, que abre a un nuevo protagonismo social” (Svampa: 2011: 27). Propusieron un nuevo léxico para entender la crisis e impulsó debates teóricos sobre cómo pensar lo político y la política, reivindicando la cuestión de la territorialización (la importancia del barrio y la vuelta de la política a las calles) y el tema de la construcción de nuevas subjetividades. Sin embargo frente a la pérdida de radicalidad y la institucionalización de los conflictos, tendieron a olvidar lo novedoso de los procesos del período crítico (Svampa: 2011; 2002), a dejar ausentes las voces que reclamaban el retorno al *status quo*, las discusiones que daban cuenta de los procesos de clausura de los sentidos de lo político y la delimitación de los márgenes de acción de los diferentes actores.

Una característica común a las miradas economicistas y sociopolíticas de la crisis que he repasado hasta aquí es que la mayoría se focaliza en explicar sus causas y pocos lo hacen sobre los fenómenos sociales que se gestaron en ella. La tendencia mayoritaria sugiere que existe un interés, esperable, por evitar situaciones similares en el futuro y por determinar responsables de los acontecimientos; mientras que la menor cantidad de trabajos enfocados en las posibles consecuencias, nos habla de la poca distancia histórica respecto de ese proceso. También se destaca la existencia de múltiples objetos de estudio a la hora de abordar el período crítico, reflejo del estiramiento conceptual que ha sufrido la idea de crisis en las ciencias sociales (Koselleck: 2006; Cordero: 2018).

Un segundo elemento compartido es una tendencia mayoritaria a reducir “la crisis de 2001” a los acontecimientos de diciembre, y (en el caso de las segundas) a las jornadas del 19 y 20. Esto se liga en parte a la predominancia que tuvo el vocablo “crisis” para nombrar lo ocurrido pero también a la espectacularidad de los acontecimientos de ambos días y la urgencia por explicar lo inmediato.

Por su parte, los trabajos enmarcados en la perspectiva económica siguen esquemas similares, definen el modelo económico, identifican puntos claves para explicar su funcionamiento y detectan las variables que cambiaron la trayectoria de lo “esperable” hacia un quiebre. Consecuentemente, la crisis es definida a partir de la variable que se considera más relevante para su explicación: se trata de una crisis fiscal, de sobre endeudamiento, de liquidez, bancaria, global, etc. Como adelanté al comienzo de esta sección dejan fuera de los análisis las tensiones políticas y sociales que enmarcan el comportamiento de los agentes económicos y que agregan dimensiones explicativas a los cambios de expectativas. En tal sentido el desprestigio de las instituciones y la clase política, los estallidos sociales previos y la contestación social que se venía gestando contra el modelo podrían explicar mejor la profundidad del quiebre, los cambios en las percepciones de los agentes económicos y políticos, las causas y los efectos de la recesión.

En cuanto a la segunda perspectiva, sobre la cual me interesa profundizar en este artículo, subyace una pregunta compartida por buena parte de las investigaciones: ¿por qué el 19 y 20 de diciembre de 2001 miles de ciudadanos coparon espontáneamente las calles para expresar su malestar?. Este interrogante es respondido acentuando el rol de los sujetos o el rol de la coyuntura de diferentes maneras pero siempre presuponiendo una relación de causalidad entre ambos. Aquí insisto en la necesidad de correrse de la pregunta sobre el *porqué de la crisis* (que conduce a considerarla a priori como detonante o resultado de otros procesos) para centrarnos en analizar qué sucedió *durante la crisis*.

También se destaca una tendencia a opacar (o directamente negar) la politicidad de los fenómenos que ocurrieron a través del período crítico de 2001-2003. Esta limitación se origina en dos presupuestos teóricos. Uno consiste en definir las crisis como datos objetivos de la realidad que no merecen problematización sino que requieren que identifiquemos su dimensión “más determinante”, como lo hace la

perspectiva economicista. El otro consiste en equiparar las crisis con rupturas que pueden (o no) ser restauradas a su estado original, o como desbalances que pueden ser recompuestos en un nuevo equilibrio. Esta concepción remite a las ideas de diagnóstico y pronóstico de la acepción médica del concepto crisis (Koselleck: 2006) y conduce al análisis de la descomposición de algo: *crisis de representación, crisis de hegemonía, crisis de la sociedad salarial*. Es ese movimiento analítico el que llevó a diagnosticar la irrupción de organizaciones y prácticas no institucionalizadas como síntomas de lo que ya no estaba en equilibrio.

Finalmente, esta revisión también sugiere que las acciones de protesta que ocurren en un contexto de grave incertidumbre no son apenas una reacción inesperada y des-coordinada de sujetos agraviados que se movilizan solamente por lo más inmediato, lo reivindicativo, lo material, sino que encierran un carácter político que se configura en el caos y la incertidumbre, cruzado por las experiencias pasadas y la coyuntura histórica del momento. Y que incluso los reclamos más elementales pueden estar cargados de politicidad.

Reflexiones finales

A modo de síntesis, este artículo se propuso revisar el estado de la cuestión en torno de la última gran crisis política que sufrió la Argentina a comienzos del siglo XXI. Una de las primeras cuestiones que se advierten es la existencia de cierto consenso sobre la idea de que la década previa al 2001 estuvo signada por una “hegemonía neoliberal” que cayó al iniciar el nuevo siglo (Gamallo: 2014). Sin duda, las investigaciones producidas en torno a los procesos sociopolíticos que la caracterizaron han contribuido a comprender su complejidad, pero una revisión de sus supuestos puede abrir nuevas preguntas sobre lo que allí se gestó para pensar los procesos posteriores.

En tal sentido se advierte que “la crisis” como variable, se mueve pendularmente en la literatura y ocupa predominantemente dos lugares, el de resultado de procesos anteriores o el de desencadenante de uno nuevo. La apuesta metodológica en este caso propone darle un lugar diferente en el análisis, ni como causa ni como consecuencia de diferentes procesos, sino como un elemento más que se entrelaza en el quehacer y devenir de los sujetos. Se plantea como objeto de estudio conocer qué sucedió,

preguntando cómo se configuraron las acciones colectivas, los sentidos y las estrategias de los sujetos. Para ello es necesario problematizar la idea de crisis y la distinción entre lo político y lo social porque dominaron los sentidos académicos para estudiar lo ocurrido pero también el sentido común de protagonistas y observadores.

Finalmente la revisión sobre las formas de conceptualizar las crisis sugiere que - a pesar de sus limitaciones- retiene utilidad analítica para pensar las formas que adquieren *lo político* y *la política* que se configuraron en el período 2001-2003 fundamentalmente porque cuestiona enfáticamente cualquier noción de normalidad, es decir, problematiza las características de la vida social que aparecen “como dadas” y al hacerlo ofrece un punto de vista crítico que permite evaluar la potencialidad de las formas de relación que se entretejen entre sujetos y estructura. Pensar las crisis desde esta perspectiva abre al análisis a preguntas ya exploradas pero les otorga otra densidad.

Bibliografía

Aroskind, R. (2007). *Riesgo País. La jerga financiera como mecanismo de poder*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

Andújar, A. (2006), “Crisis y alternativas en la historia argentina reciente: los movimientos piqueteros (1996-2001)”, *Revista Nuestra América*, N° 2, pp. 41-67.

Barbetta, P. y Bidaseca, K. (2004), “Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001 Piquete y cacerola, la lucha es una sola: ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad”?, *Revista Argentina de Sociología*, vol. 2, núm. 2, pp. 67-88.

Bonvillani A., Palermo A., Vázquez, M., Vommaro, P. (2010), Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica de acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina, en Alvarado Sara y Vommaro Pablo (comp.) *Jóvenes cultura y política en América Latina: Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2010)*, Homo Sapiens, Rosario, pp. 21-54.

Carrera, J. (2002), “Hard Peg and Monetary Unions: Main Lessons from the Argentine Experience,” *Anales de la Asociación Argentina de economía política*, Tucumán, November.

Cordero, R. (2018), “La persistencia de la crisis y la política de la verdad: Marx, Foucault y la modestia de la crítica”, *Theorein. Revista de Ciencias Sociales*. Vol. III, Num. 3, pp. 83-107.

Chudnovsky, D. (2007), *The Elusive Quest for Growth in Argentina*, London: Routledge.

de Ípola, E. (2004), Política y sociedad ¿Escisión o convergencia?, en Di Marco, G. y Palomino H. (comps.), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Universidad Nacional de General San Martín: Buenos Aires, Argentina, pp. 55-71.

Daseking, C., Ghosh A., Lane, T., and Alun. (2004), "Lessons from the Crisis in Argentina," *IMF Occasional Paper*.

Di Marco, G. y Héctor, P. (2004), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Universidad Nacional de General San Martín: Buenos Aires, Argentina.

Di Marco, G. (2004), "Presentación de los resultados de la investigación sobre movimientos sociales emergentes", en Di Marco, G. y Palomino H. (comps.), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Universidad Nacional de General San Martín: Buenos Aires, Argentina, pp. 27-34.

Dinerstein, A. (2014), "Disagreement and Hope: The Hidden Transcripts in the Grammar of Political Recovery in Postcrisis Argentina", en Levey, C., Ozarow, D. and Wylde, C., *Argentina Since the 2001 Crisis Recovering the Past, Reclaiming the Future*, pp. 115-133, USA: Palgrave Macmillan.

Faucher, P. y Leslie A. (2003). "Corrency crises and decision making frameworks: the politics of bouncing bank in Argentina y Brazil", *XXIV Latin American studies Association Congress, Dallas, US*.

Fidanza, A. (2016), "La salida de la crisis de 2001. Economía y política en el gobierno de Eduardo Duhalde". Tesis de maestría en Ciencias Sociales, presentada en IDES-UNGS.

Galafassi, G. (2012), "Para una relectura de los procesos de conflicto y movilización social en la Argentina de inicios del milenio (2001-2003)", *Revista Mexicana de Sociología*, 74, núm 1, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales: México DF, pp. 69-98

Galiani, S., Heymann D., Tommasi M. (2003), "Great Expectations and Hard Times: The Argentine Convertibility Plan," *Economia*, 109-60.

Gamallo, L. (2014), Usando a Gramsci:El debate acerca de la hegemonía kirchnerista. *Sudamérica*, Núm. 3, pp. 173-195.

Gordillo, M. (2010), *Piquetes y cacerolas... El argentinazo del 2001*. Buenos Aires: Sudamericana.

Grimson, A. (2011), "Los fantasmas argentinos en movimiento", en Pereyra S., Vommaro P. y Pérez G. (edtrs), *La grieta. Política, Economía y Cultura después de 2001*, pp. 33-42, Biblos: Buenos Aires.

Hay, C. (1996). "Narrating Crisis: The Discursive Construction of the <<Winter of Discontent>>". *Sociology*, 30(2), 253-277. <https://doi.org/10.1177/0038038596030002004>

Heidrich, P. (2001), "Argentina al fin de la Convertibilidad: vistas, causas y consecuencias," *Cronique des Amériques*.

Holton, R. (1987). "The Idea of Crisis in Modern Society". *The British Journal of Sociology*, 38(4), 502-520. doi:10.2307/590914

Katz, J. and Kosacoff, B. (1998), "Aprendizaje tecnológico, desarrollo institucional y la microeconomía de la sustitución de importaciones," *Desarrollo Económico*, 37:148, 483-502.

Koselleck, R. & Richter, M. (2006). "Crisis". *Journal of the History of Ideas* 67(2), 357-400. University of Pennsylvania Press. Retrieved August 21, 2018, from Project MUSE database.

Laclau, E. & Mouffe, C. (2004), *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires:Fondo de Cultura Económica.

Marchart, O. (2009). *El Pensamiento Político Posfundacional*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, C. (2007), *En torno a lo político*. Bs As: Fondo de Cultura Económica.

Moreira, M. F. (2016), "Memorias de la crisis", *alter/nativas*, 6, Ohio State University, disponible en: <https://alternativas.osu.edu/es/issues/spring-6-2016/miscellany1/moreira.html>.

Moreira, M. F. (2014), *Democracia y organizaciones sociales. Estudio de caso sobre el impacto de las organizaciones de base territoriales en las instituciones democráticas*, Tesis de maestría, presentada en el programa de Políticas Públicas y Gerenciamiento del Desarrollo, Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín, Argentina y Graduate School of Arts and Sciences, Georgetown University, USA.

Movimiento de Trabajadores Desocupados, Aníbal Verón (2003), *Darío y Maxi dignidad piquetera*. Buenos Aires: Ediciones 26 de junio.

Mussa, M. (2002), "Argentina and the Fund: From Triumph to Tragedy," *Institute for International Economics*.

Natalucci, A. y Pagliarone, M.F. (2013). Revisitando los conceptos de lo social y lo político: movimientos sociales, procesos de democratización y nuevas institucionalidades. *Revista Andina de Estudios Políticos*, Vol. III, N° 2, pp. 77-98.

Natalucci, A. (2007), "La unidad de los que luchan: las Asambleas Nacionales Piqueteras (2001)". Informe de Investigación, Conicet. Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS, UBA.

Ollier, M., (2011), "La movilización y la crisis de 2001 en perspectiva latinoamericana", en Pereyra S., Vommaro P. y Pérez G. (edtrs), *La grieta. Política Economía y cultural después de 2001*, pp. 145-155, Biblos: Buenos Aires.

Onnuch, O. (2014), "It's the Economy, Stupid, or Is It? The Role of Political Crisis in Mass Mobilization: The Case of Argentina in 2001", en Levey, C., Ozarow, D. and Wylde, C., *Argentina Since the 2001 Crisis Recovering the Past, Reclaiming the Future*, pp. 89-114, USA: Palgrave Macmillan.

Palomino, H. (2004), "Presentación de los resultados de la investigación sobre movimientos sociales emergentes", en Di Marco, G. y Palomino H. (comps.), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Universidad Nacional de General San Martín: Buenos Aires, Argentina, pp. 35-43.

Pereyra, S., Vommaro G. y Pérez G., (2011), Presentación, *La grieta. Política, Economía y cultura después de 2001*, en Pereyra S., Vommaro P. y Pérez G. (edtrs). Biblos: Buenos Aires., pp. 11-17.

Pérez, G., (2011), “El quilombo y la huella. Dimensiones sociopolíticas del disloque”, en Pereyra S., Vommaro P. y Pérez G. (edtrs), *La grieta. Política. Economía y Cultura después de 2001* Biblos: Buenos Aires., pp.101-115.

Quirós, J. (2011a), Resistencia o clientelismo: imágenes de la política popular a la luz de diciembre de 2001, en Pereyra S., Vommaro P. y Pérez G. (edtrs), *La grieta. Política, Economía y cultura después de 2001*, Biblos: Buenos Aires, pp. 131-144.

Quirós, J. (2011b), *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*, Buenos Aires: Antropofagia.

Retamozo, M. (2009) [Reseña sobre] Oliver Marchart, *El pensamiento político postfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009, 257 p. [En línea] *Revista de Filosofía y Teoría Política*, 40. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3914/pr.3914.pdf

Schuster, F. (2004), “Algunas reflexiones sobre la sociedad y la política en la Argentina contemporánea”, en Di Marco, G. y Palomino H. (comps.), *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*, Universidad Nacional de General San Martín: Buenos Aires, Argentina, pp. 45-54.

Stiglitz, J. (2002), *Globalisation and Its Discontents*, London: Penguin Books.

Svampa M. (2014), “Revisiting Argentina 2001–13: From “¡Que se vayan todos!” to the Peronist Decade”, en Levey, C., Ozarow, D. and Wylde, C., *Argentina Since the 2001 Crisis Recovering the Past, Reclaiming the Future*, pp. 155-173, USA: Palgrave Macmillan.

Svampa, M. (2011a), “Tras las lecturas y las huellas de diciembre de 2001”, en Pereyra S., Vommaro P. y Pérez G. (eds), *La grieta. Política, Economía y Cultura después de 2001* Biblos: Buenos Aires., pp. 21-32.

Svampa, M. y Pereyra, S. (2009), *Entre la ruta y el Barrio, la experiencia de las organizaciones piqueteras*, Ed. Biblos, Buenos Aires.

Svampa, M (2008), “Argentina: Una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”, *Revista Osal*, N° 24.

Svampa, M. (2002), “Movimientos Sociales en la Argentina de hoy. Piquetes y Asambleas. Tres estudios de caso”, CEDES, Disponible en: <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo07.pdf>

Schneider C., Moreira, M. (2018), “Cultura política y participación ciudadana: ¿una apuesta por más democracia?”, paper presentado en el XXXVI Congreso Internacional LASA, Estudios Latinoamericanos en un Mundo Globalizado, 23 a 26 de mayo, Barcelona , España.

Vázquez, M. (2012), “Liderazgo y compromiso político desde una mirada diacrónica: una aproximación a tres generaciones de jóvenes militantes en movimientos

de desocupados”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 17, núm. 57, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, pp. 49-63.

Visacovsky, S., (2017), “When Time Freezes: Socio-Anthropological Research on Social Crises”, *Iberoamericana – Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 46(1), 6–16. DOI: <http://doi.org/10.16993/iberoamericana.103>

Vommaro, P. (2012), “2001 antes y después: la consolidación de la territorialidad”, en *Revista Forjando N°1*, Buenos Aires. Pp. 106-117

Wylde, C. (2014), "Continuity and Change in the Interpretation of Upheaval: Reexamining the Argentine Crisis of 2001–2" , en Levey, C., Ozarow, D. and Wylde, C., *Argentina Since the 2001 Crisis Recovering the Past, Reclaiming the Future*, pp. 23-43, USA: Palgrave Macmillan.

Zícari, J. (2017), “Miradas sobre el vendaval. Una evaluación crítica de las interpretaciones económicas y sociopolíticas de la crisis argentina de 2001”, *Cuadernos del CENDES*, dossier: Argentina durante la postconvertibilidad, año 34, n° 95, Tercera época mayo-agosto, Caracas, Venezuela.

Zibechi, R. (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Buenos Aires: Letra Libre.